
IDENTIDAD Y DIVERSIDAD DEL DISEÑO INDUSTRIAL

Territorio y cultura: ejes para el desarrollo

IDENTITY AND DIVERSITY IN INDUSTRIAL DESIGN Territory and Culture: Key Concepts for the Development

MARIANO JAVIER AGUYARO

agu_mj@yahoo.com.ar

Facultad de Bellas Artes. Universidad Nacional de La Plata. Argentina

Recibido 09/03/2017 | Aceptado 27/06/2017

Resumen

El diseño industrial es atravesado por los valores de la cultura y es el encargado de materializar las dimensiones simbólicas que construyen significantes que le son propios del contexto de pertenencia y que cumplen una función fundamental en el desarrollo cultural, social y productivo. Sin embargo, la disciplina llega a Latinoamérica como emblema de la modernidad con la mirada puesta en el afuera y persigue modelos de desarrollo ajenos a nuestra realidad con la consecuente orfandad teórica propia del pensamiento local. Entonces, para reflexionar en torno al diseño latinoamericano hay que comenzar por conocer cómo se fue construyendo nuestra identidad caracterizada por la diversidad.

Palabras clave

Diseño; desarrollo; cultura; identidad

Abstract

The industrial design is crossed by values of culture and is in charge of materializing the symbolic dimensions that construct signifiers that are proper to its context of belonging, fulfilling a fundamental role in cultural, social and productive development. However, this discipline comes to Latin America as an emblem of modernity with an eye on the outside, pursuing development models that are remote to our reality with the consequent theoretical orphanhood owned by local thinking. Therefore, to reflect on Latin American design we must begin by knowing how our identity characterized by diversity was built.

Keywords

Design; development; culture; identity



Los productos de Diseño Industrial indefectiblemente se encuentran determinados por el contexto de pertenencia, ya que los objetos surgen como resultado de una expresión de la identidad cultural de donde se constituyen; en su materialidad, en su morfología y en los métodos productivos se encuentran implícitos valores, aspectos simbólicos, tradiciones y modos de comportamiento de un grupo social determinado.

Entonces, para reflexionar en torno a la identidad del diseño latinoamericano, primero tenemos que empezar por conocernos. ¿Qué es Latinoamérica? ¿Qué somos en realidad? ¿Qué nos caracteriza? ¿Cómo se gestó nuestro territorio? Y, fundamentalmente, ¿cómo se fue construyendo nuestra identidad latinoamericana?

Si bien cada uno de los países que constituyen América Latina tiene una historia particular, nos une un origen en común con los mismos padecimientos. Nuestro continente se caracteriza por ser un territorio que fue reconfigurado a partir de la colonización europea, que a través de las sucesivas migraciones y del tráfico de esclavos se gestó el crisol del mestizaje que nos caracteriza, pero ese mestizaje no solo es una mezcla de sangre, sino que dio lugar al surgimiento de una diversidad étnica y cultural sin precedentes.

Se parte de la hipótesis de que la mentalidad dominante bajo la que se estructuró la sociedad latinoamericana dejó el legado de la mirada puesta en el afuera como el modelo de desarrollo a seguir y relegó el potencial de las culturas autóctonas y emergentes en el mestizaje que se fue gestando en nuestro territorio. Bajo esa misma lógica, el Diseño Industrial fue importado de Europa como emblema de la modernidad, de manera tal que la disciplina se implantó en Latinoamérica imitando los estilos europeos contemporáneos, para replicar esos ideales en nuestro proceso de desarrollo. Pero esa adopción nunca fue completa ya que nuestro contexto demandaba otras necesidades. De esta manera, surgió la hibridación del diseño latinoamericano con la consecuente orfandad teórica propia del pensamiento local.

Pasó mucho tiempo para que los latinoamericanos comprendiéramos las potencialidades que implicó el proceso de mestizaje y lo transformáramos en motivo de legítimo orgullo. Entonces, para hablar de una Identidad de diseño latinoamericano, hay que comenzar por conocer nuestro devenir histórico y entender el potencial de nuestra matriz cultural de pertenencia para construir, de esta manera, nuestra propia teoría del diseño acorde a nuestro contexto y resignificar la noción de *industrial* desde nuestra propia lógica productiva.

Surgimiento de Latinoamérica

«De la misma forma en que Europa llevó una variedad de técnicas e invenciones a los pueblos incluidos en su red de dominación... también los introdujo a un instrumental de conceptos, preceptos e idiosincrasia que

se refería al mismo tiempo a Europa misma y a los pueblos coloniales. Los pueblos coloniales, privados de sus riquezas y del fruto de su trabajo bajo los regímenes coloniales, sufrieron aún más la degradación de asumir como su propia imagen la imagen que no era más que una reflexión de la visión europea del mundo que consideraba a los pueblos colonizados racialmente inferiores porque eran negros, indios, o mestizos. Aún los estratos sociales más brillantes de pueblos no-europeos se acostumbraron a verse a sí mismos y a sus comunidades como una infra-humanidad cuyo destino era el ocupar una posición subalterna debido al simple hecho de que su población era inferior a la europea.»
Darcy Ribeiro [1988] (1992)

A partir de esta mirada, y siguiendo el pensamiento Leopoldo Zea [1949] (1965), entendemos que nuestro continente fue creado y reconfigurado a partir de la conquista y podemos decir, entonces, que la historia de América Latina que hoy conocemos tiene su raíz en el descubrimiento de América, donde comienza un proceso histórico particular de mestizaje entre europeos, nativos y afroamericanos. Estos gestaron un crisol del mestizaje que dio lugar al surgimiento de una diversidad étnica y cultural sin precedentes y, de esta manera, nació el ser latinoamericano (Galíndez, 1992), característica esencial de nuestra identidad. De hecho, la propia denominación Latinoamérica no es producto del pensamiento local, ni siquiera ha sido conocido siempre con el mismo nombre. Sus diferentes denominaciones, a lo largo de la historia, siempre han respondido a los intereses de las potencias que se disputaron el dominio de estas tierras, sus riquezas y sus recursos naturales para abastecer el mercado y el mundo industrializado en la segunda mitad del siglo XIX. El vocablo *Latinoamérica* hace referencia a los países de habla derivados del latín, con lo cual esta denominación excluye a los pueblos originarios sobre cuya cultura se construyó lo que hoy entendemos como América Latina (Tünnermann, 2007).

Según se desprende del trabajo de Mario Oporto «la modernidad tiene, por supuesto, dos caras: la del progreso y la del atraso. La combinación de ambas forma su realidad» (Oporto, 2011: 20). De este modo, la conquista implantó la idea de que existen razas superiores y razas inferiores, concepto que se propagó por todo el planeta acorde a la organización del mercado, ya que el modelo de producción industrial de aquel momento requería de brazos esclavos, o sea, de mano de obra gratuita que permitiera explotar la riqueza de los recursos naturales del *nuevo mundo* a muy bajo costo. Esto provocó en Europa una gran expansión económica e industrial, modelo que se basó en la explotación de las riquezas de la tierra, primero en el saqueo de metales y de piedras preciosas, como en el caso de las minas del Potosí en el Alto Perú, en donde las condiciones infrahumanas a las que eran sometidos los

pueblos originarios y la alta tasa de mortalidad que eso significó demandó la necesidad de reemplazar la mano de obra aborígen por la de esclavos africanos que, si bien para los colonizadores eran una mera mercancía, estos trajeron sus creencias, rituales, costumbres y toda una cultura que fue parcialmente reprimida ante la imposición y ante el sometimiento al que fueron expuestos. Todo esto fue parcial ya que la incorporación de estas personas al continente no solo provocó la inevitable mezcla de sangre con las comunidades aborígenes, sino que, además, aportaron gran parte de las características de América Latina, como la música, las costumbres, las comidas, entre otros aspectos culturales que otorgaron el gran colorido y diversidad tan particulares que identifican a los latinoamericanos.

La evangelización era uno de los principales objetivos de la política colonizadora. Para llevar a cabo tal empresa se construyeron numerosas iglesias y conventos, construcciones que fueron réplicas de los modelos europeos que posteriormente se fusionarían con formas y técnicas americanas. De esta manera, la conquista introdujo nuevas maneras de administración imponiendo sus instituciones y la iglesia tomó la función de educar. Así, Latinoamérica recibió la lengua, la religión y hasta un sistema jurídico. Estos cambios significaron la destrucción de muchas culturas de los pueblos originarios. Pero la transformación nunca fue completa, ya que, mientras la mentalidad dominante procuraba imponer sus valores, no advertían esa naciente cultura mestiza que ellos mismos habían generado.

Entonces, aunque pueda resultar desagradable, la cultura latinoamericana nace como resultado inestable de los pueblos vencidos que lograron sobrevivir a la violencia de los conquistadores con el consecuente mestizaje que nos distingue del resto del mundo (Valdés de León, 2008). Estos hechos dejaron un legado que hizo muchas elites ilustradas miraran de manera despectiva la cultura local, y buscaran afuera el modelo a replicar.

Desarrollo económico e industrialización

La modalidad de explotación fue lo que posteriormente permitió el surgimiento de relaciones laborales de corte paternalista, donde ya en un periodo republicano llevó a los diferentes países a un modelo de desarrollo económico basado en la exportación de materias primas (cereales, ganado, metales, frutas tropicales, maderas, etcétera).

Desde finales de XIX hasta las primeras décadas del siglo XX, en los países de Latinoamérica triunfó el liberalismo, cuya política de inserción en el mercado mundial es a través de la exportación de materias primas. De esta manera, comenzó el período de la América agroexportadora. Esta transformación vino de la mano de inversiones extranjeras, que gracias a los intereses económicos de nuestros territorios invirtieron en infraestructura, ferrocarriles, puertos y

bancos privados, todos ellos funcionales al nuevo orden internacional y a la división del trabajo. Es así como los países latinoamericanos viven una ilusión de progreso basado en una relación de dependencia con los grandes poderes económicos (Rouquié, 1989). Esta situación resulta beneficiosa para algunos poderes concentrados; sin embargo, el crecimiento imposibilitó por siglos el desarrollo de un proyecto industrial con un mercado interno dinámico y sustentable.

Cada línea ferroviaria instalada en nuestro territorio significaba, para los ilustrados del siglo XIX, el acceso a la modernidad, pero, en realidad, esa cuestión dificultó el desarrollo de industrias siderúrgicas y metalmeccánicas locales, donde, por supuesto, la ingeniería y el diseño industrial no tendrían lugar. La *bella época* terminó en el periodo de entreguerras del siglo XX, cuando la crisis económica mundial demandó a diferentes países a un proceso de industrialización por sustitución de importaciones; algunos casos lograron perdurar algún tiempo gracias a la contención y a las políticas de estado que apoyaron estas iniciativas.

En América Latina se establecieron industrias pero no se desarrolló una industrialización (Schvarzer, 1977), ya que el modelo capitalista industrial llegó tarde a nuestro continente. Esto se explica en su devenir histórico: la explotación indiscriminada de nuestros recursos naturales en la que se basó nuestro desarrollo llevó a los diferentes países a un apogeo económico en el marco de una relación de dependencia con las grandes potencias que permitían comprar en el exterior todos los bienes que el país requería sin tener la necesidad de producir; esto resultó en la no existencia de una cultura industrial. De esta manera, la explotación de nuestras riquezas, desde la conquista hasta el período republicano, fue el financiamiento para el modelo industrial europeo, aspecto que imposibilitó el desarrollo de una economía capitalista moderna en nuestro territorio.

Diseño industrial en Latinoamérica

«El tema de la modernidad en América latina está lleno de paradojas históricas. Fuimos descubiertos y colonizados en los albores de la modernidad europea y nos convertimos en el "otro" de su propia identidad, pero fuimos mantenidos deliberadamente aparte de sus principales procesos por el poder colonial.»

Jorge Larraín (1997)

A lo largo de la historia latinoamericana siempre ha existido esa mirada hacia afuera, quizá haya sido por el modo en que se configuró el territorio, por el imperialismo europeo que destruyó brutalmente las culturas autóctonas y trató despectivamente el emergente mestizaje que ellos mismos habían creado. Lo cierto es que en Latinoamérica se encuentran siempre presentes

los procesos de adaptación y de adopción. Tal es así que se adoptaron los ideales modernos de la cultura occidental y surgió una fusión cultural manifestada en el lenguaje, en la religión y hasta en costumbres y en expresiones artísticas.

Del mismo modo, el diseño industrial es una disciplina que fue importada de Europa como un emblema de la modernidad. Tal como se observa en el trabajo de Alejandro Crispiani, el diseño moderno desde su origen se constituyó en Latinoamérica a partir de la imitación de los estilos europeos contemporáneos, en donde la formación de profesionales en el ámbito académico durante mucho tiempo se vio cristalizada por la corriente científicista legado de Bauhaus y de ULM, que establecieron nociones como *la forma sigue la función*, *menos es más* y *la buena forma*. Esta corriente pedagógica de cuño positivista fue la herencia de experiencias que formaron parte del denominado Movimiento Moderno que pretendía homologar y universalizar la metodología proyectual. Ideales que nunca se pudieron desarrollar a nivel local, ya que ese pensamiento no contempla las particularidades de cada cultura. De esta manera, la carrera se consolidó con una suerte de orfandad teórica y se refugió en el corpus académico de las tendencias predominantes de los países centrales, tomadas y reproducidas con considerable atraso (Valdés de León, 2008).

Entendemos, entonces, que en ese afán de perseguir la modernidad que responde a conceptualizaciones de diseño homogéneas fue destruyendo y negando la herencia cultural de los pueblos latinoamericanos. Este forzado intento de imponer los ideales extranjeros en una Latinoamérica con su propio tiempo y características específicas nunca se terminó de adoptar, ya que esos proyectos que fueron exitosos en su contexto no respondían a las necesidades de la realidad local.

Este panorama nos permite dar cuenta de esa concepción de adopción y de imitación del pensamiento extranjero presente desde la colonia que caracteriza a la cultura latinoamericana y, por lo tanto, esa mirada puesta en el otro que atraviesa el diseño de productos y la propia reflexión sobre su práctica.

Diseño originario antes de la conquista

Aunque es una obviedad, cabe resaltar que en nuestro continente existían pueblos originarios con sus creencias, religión y cultura. La llegada de los españoles, la conquista y la mentalidad dominante significó la imposición de su religión, idioma y costumbres, y el avasallamiento de las comunidades indígenas, incluso hasta reducirlas y privarlas de su condición humana para ser explotadas en beneficio de las riquezas obtenidas por los conquistadores. De esta manera, la imposición y el sometimiento a los que fueron expuestas las comunidades locales de un continente aún sin nombre provocó el

desmembramiento del tejido social existente, donde su cultura fue considerada bárbara y marginada ante el modelo occidental. Estos acontecimientos cortaron la mirada sobre nuestro territorio y sobre las culturas originarias, y prevaleció, durante mucho tiempo, la visión eurocéntrica sobre el modelo a seguir.

Sin embargo, gracias a los diferentes hallazgos arqueológicos, se logró determinar la existencia de sociedades organizadas con un arte, una cultura y un diseño de objetos con alto grado de sofisticación. Cosas que se habían perdido ante la brutal destrucción y fragmentación provocadas por la invasión de la civilización occidental. Estas sociedades habían alcanzado un alto grado de desarrollo en la producción de objetos de uso cotidiano, que respondían tanto funcionalmente como simbólicamente a las costumbres y creencias de esos pueblos. Estos artefactos se encuentran catalogados como *arte precolombino*, exhibidos para la contemplación estética y, en algunos casos, expuestos en el museo de ciencias naturales. Esta concepción sobre estas producciones despoja al objeto del contexto y cultura que dio origen, uso y sentido, lo cual nos indica el desconocimiento sobre los valores de las comunidades originarias que permaneció durante mucho tiempo en el pensamiento académico.

Lo que se puede apreciar en esas producciones es otra manera de hacer diseño, muy diferente a los conceptos modernos e industrialistas que se importaron del extranjero, pero no por eso de menor valor, sino que fueron menospreciadas ante la ignorancia sobre de las culturas que les dieron origen. El menosprecio es producto de la imitación y de la adopción de conceptos y de formas de entender la realidad que fueron gestados en otro contexto con un devenir histórico de desarrollo muy diferente al nuestro.

Ante este panorama, podemos entender que los antecedentes del diseño latinoamericano se remontan a mucho antes de la existencia de América Latina. Por lo tanto, se vuelve imprescindible reconsiderar la historia del diseño industrial y la reflexión sobre su práctica con la mirada puesta en lo local con todos sus avatares que dieron lugar a nuestra particular cultura que determina y condiciona el ejercicio profesional.

Diseño con identidad local

En nuestro contexto, el diseño industrial viene atravesando una transformación radical en lo que respecta al perfil de los diseñadores y comienza a manifestar nuevas formas de la práctica profesional que van más allá de las nociones tradicionales. Al respecto, María del Rosario Bernatene expresa lo siguiente:

Tenemos un legado histórico para aquellos que desean profundizar en el rol emancipador del diseño —como se lo planteaban los manifiestos del arte

concreto invención—, otro para los que desean insistir en la función poética del diseño, otro para quienes quieren trabajar en su función democratizadora, o en su función fetiche, o como herramienta de desarrollo regional y local, como palanca para el fortalecimiento de las PyMEs, como interface entre ciencias básicas y tecnología de punta con la vida cotidiana, como acompañamiento de programas artesanales, o juntando varias de estas opciones a la vez (2007: 6).

Con la irrupción del postmodernismo se cuestionaron los postulados del movimiento moderno y se le dio lugar a la explotación de todo el potencial de las tradiciones y las culturas locales. Así, se liberó toda la dimensión creativa y cierta independencia proyectual que abrieron nuevas vertientes para el diseño al contemplar alcances de la disciplina que van más allá del producto en sí mismo. Esta nueva manera de entender el diseño industrial abarca las producciones de microemprendimientos, asociaciones de artesanos, cooperativas, diseño social, etcétera, en donde se busca un desarrollo a partir de la apropiación de lo local de manera pragmática más que dogmática (Caló, 2015).

Dentro de estas consideraciones, uno de los fenómenos que viene proliferando en la práctica del diseño industrial es el de la autoproducción o la figura del diseñador emprendedor. Esta modalidad de trabajo toma cada vez mayor protagonismo y se convierte en uno de los rasgos identitarios del diseño latinoamericano que pone de manifiesto la diversidad que nos caracteriza, ya que esta metodología proyectual (en oposición a los modelos industriales avanzados que se basan en grandes producciones para un mercado indiferenciado y lo más grande posible) consta de la producción a baja escala para un mercado específico, con materiales autóctonos, recursos y tecnologías de fabricación disponibles en cada región, con cierta reminiscencia al artesanado pero con una nueva lógica proyectual. Estos aspectos son, precisamente, los que permitieron el surgimiento de propuestas innovadoras en nuevos lenguajes de un diseño que dialogan con el mundo de los objetos desde lo local, con recursos simbólicos que hablan de la particularidad de cada lugar y de su cultura, poniendo en discusión las nociones de *industrial*, de *producto* y de *mercado*, de la manera en el diseño industrial lo venía comprendiendo.

Se advierte que estamos frente a una práctica o a un modo de ejercer la disciplina al que hay que prestarle mayor atención, ya que emerge de la adaptación y de la hibridación. En otras palabras, se trata de una metodología de diseño que encuentra su matriz en el ámbito académico y la adapta a la realidad y a los recursos locales. Es precisamente esta modalidad de trabajo la que hoy está construyendo el lenguaje del diseño latinoamericano.

Este fenómeno del diseñador autoprodutor se explica en el devenir histórico de Latinoamérica y en ese intento forzado de replicar modelos de desarrollo extranjeros ajenos a nuestra realidad y particular diversidad cultural. De esta manera, los jóvenes diseñadores van construyendo, quizá sin proponérselo,

una nueva identidad del diseño industrial latinoamericano. Esa mirada se va haciendo de manera pragmática a medida que se transita y se ponen en crisis los dogmas académicos que atraviesan el mundo de la producción de objetos. Al ser una práctica emergente, no cuenta con un respaldo teórico de sustento ni con una reflexión de la propia disciplina que vaya más allá de las nociones tradicionales y que atienda a esta nueva lógica de producción. Por ello, se vuelve imprescindible reflexionar en torno a la disciplina desde una mirada desde adentro, ya que si partimos de que el diseño se encuentra indefectiblemente determinado por el contexto y si entendemos que la identidad es dinámica, es preciso construir una teoría del diseño latinoamericano a partir nuestra propia matriz cultural.

Conclusiones

Este breve panorama histórico ha intentado reflejar algunas cuestiones con relación a la necesidad de buscar una unidad y una identidad latinoamericanas en esa enorme diversidad. Lo que se puede apreciar es que, a pesar de las diferencias entre nuestros países, nos une un origen en común con los mismos padecimientos. Somos una cultura que se inicia con el genocidio y con la expropiación de los territorios a sus habitantes originarios sobre la cual se estructuró la sociedad latinoamericana. La mentalidad dominante con la que se impusieron los conquistadores destruyó brutalmente las culturas autóctonas y las emergentes quedaron marginadas en el proceso de mestizaje. De esta manera, muchas elites ilustradas buscaban afuera el modelo de desarrollo a seguir y menospreciaban o se oponían a la diversidad cultural prevaeciente.

El diseño industrial llegó a Latinoamérica como emblema de la modernidad con la mirada puesta en el afuera, tanto en la concepción de productos como en la reflexión sobre su práctica. Ante esto, es preciso entender que el diseño industrial, más allá de diseñar productos, se trata de una disciplina proyectual. Por tanto, su campo de intervención es mucho más amplio que el de la producción de objetos, sino que cumple una función fundamental en el desarrollo cultural, social y productivo local. Para ello, es necesario volcar la mirada hacia nuestro territorio y poner en evidencia su potencialidad y sus demandas concretas. Entendemos, entonces, que el diseño es atravesado por los valores de la cultura de pertenencia, siendo el encargado de materializar las dimensiones simbólicas que construye significantes que le son propios de la sociedad en cuestión, además de las técnicas y los materiales utilizados para su concepción.

Es decir que, para discutir en torno a la identidad de un diseño latinoamericano, se vuelve imprescindible contemplar el conocimiento que tenemos de nosotros mismos, nuestro espacio, las características culturales y tecno-productivas

de nuestros países, las habilidades y las capacidades de las personas que habitan el espacio y, así, resignificar la noción de *industrial*, no como las grandes producciones en serie para abastecer a un mercado masivo, sino como una lógica de pensamiento, sin ser coartados por la mirada hacia afuera que intenta comparar e imitar modelos que son ajenos a nuestra realidad y que, en muchos casos, actúan como condicionantes para el desarrollo local. Entonces, si bien somos producto de la colonización y hasta de nuestra propia denominación (Latinoamérica), está en nosotros resignificarlo y otorgarle a nuestro lugar su propio contenido desde una mirada de adentro hacia afuera; una mirada que será resultado directo de las capacidades de los actores sociales involucrados, de acuerdo con las potencialidades del contexto y con la matriz cultural de pertenencia, para desarrollar la competitividad y para hablarle al mundo desde nuestra propia identidad.

Referencias bibliográficas

- Bernatene, María del Rosario (2007). «Hitos, relatos y vivencias del diseño en la Argentina». *Saber cómo* (54), pp. 6-7. Instituto Nacional de Tecnología Industrial.
- Caló, Julieta (2015). «Tradiciones y rupturas en la concepción social del diseño. Vkhuteas, Bauhaus, HfG-Ulm y su difusión en Argentina». En Bernatene, María del Rosario (coord.). *La historia del Diseño Industrial reconsiderada* (pp. 56-75). La Plata: Edulp.
- Crispiani, Alejandro (1995). «Las teorías del buen diseño en la Argentina. Del Arte Concreto al Diseño para la Periferia». *Crítica* (74), pp. 61-70. Buenos Aires: Instituto de Artes Americano e Investigaciones Estéticas.
- Oporto, Mario (2011). *De Moreno a Perón. Pensamiento argentino de la unidad latinoamericana*. Buenos Aires: Planeta.
- Ribeiro, Darcy [1988] (1992). *Las Américas y su civilización: Proceso de formación y causas del desarrollo desigual de los pueblos americanos*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Rouquie, Alan (1989). *América Latina. Introducción al Extremo Occidente*. Ciudad de México: Siglo Veintiuno.
- Valdés de León, Gustavo (2008). «Latinoamérica en la trama del Diseño. Entre la utopía y la realidad». En *Cuadernos del Centro de Estudios de Diseño y Comunicación* N.º 26, pp. 53-61. Buenos Aires: Publicaciones DC.
- Zea, Leopoldo [1949] (1965). *El pensamiento Latinoamericano*. Ciudad de México: Ariel.

Referencias electrónicas

Galíndez, Miguel (1992). «El problema de la identidad latinoamericana y la filosofía de Leopoldo Zea» [en línea]. Consultado el 3 de julio de 2016 en <<http://servicio.cid.uc.edu.ve/educacion/revista/a5n10/5-10-13.pdf>>.

Larraín, Jorge (1997). «Modernidad e identidad en América Latina» [en línea]. Consultado 28 de agosto de 2016 en <red.pucp.edu.pe/ridei/files/2013/01/130115.pdf>.

Schvarzer, Jorge (1977). *1925-1955: auge expansión y crisis. Los avatares de la industria argentina* [en línea]. Consultado el 13 de noviembre de 2016 en <<https://hdiunlp.files.wordpress.com/2014/09/2-schvarzer.pdf>>.

Tünnermann Bernheim, Carlos (2007). «América Latina: identidad y diversidad cultural. El aporte de las universidades al proceso integracionista». *Polis. Revista de la Universidad Bolivariana*, (18) [en línea]. Consultado el 13 de noviembre de 2016 en <<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=30501810>>.